

MUJER, ECOLOGISTA Y ENFRENTADA AL PODER (y era el siglo XII)

LUCA PELLEGRINI

Entrevista a Margarethe von Trotta, directora de la película sobre las visiones de Hildegarda de Bingen, presentada en Roma. (*L'Osservatore Romano*, 24 de octubre de 2009)

Todas las películas de Margarethe von Trotta hablan de mujeres. Cada una actúa bien enraizada en su peculiar tiempo histórico, mostrando una voluntad fuerte y coherencia moral. Muchas han vivido en los momentos más difíciles del siglo pasado; antes de la revolución rusa, en la Alemania del nazismo y en la del comunismo, en los años de las utopías y del terrorismo. Cada vez la directora alemana se ha preguntado por ellas, y con ellas: “¿Qué puedes hacer, realmente, viviendo en el tiempo que no has escogido para ti? Entre el bien y el mal, ¿qué eliges? ¿Cuál es la herencia que queréis dejar?” Después, ese tiempo tan próximo se le tornó estrecho, y lo ha recorrido desandándolo hasta detenerse, en este viaje suyo, en el año 1106, cuando Hildegarda, la futura “profetisa teutónica”, la “joya de Bingen”, la “luz de su tiempo y de su pueblo” –como la describe en 1979 Juan Pablo II en la carta al cardenal Hermann Volk, obispo de Maguncia, en ocasión del 800º aniversario de la muerte de Santa Hildegarda– entra a los ocho años en el monasterio benedictino de Disibodenberg, en el Assia-Palatinado, y donde toma los votos entre 1112 y 1115 de manos del obispo Otto de Bamberg.

“Esta mujer –nos dice la directora de *Vision*, en el Festival Internacional del Cine, en Roma– me recuerda a Andrej Rubliov: es moderna en la búsqueda de su identidad, pero no se considera libre para malgastar los talentos que le han sido confiados. Si Dios te da un talento, tienes la obligación de conocerlo y de realizarlo en el lugar y de la manera que Él te indica. Ella ha seguido su camino, el del convento, donde puso en obra todos sus dones. No es que sea fácil multiplicar los talentos recibidos. Heidegger ha dicho: “Luchar y también agradecer”. Ella debe luchar para encontrar su identidad en el mundo de aquella época, como mujer, como creyente y como monja. Lucha, encuentra y da gracias a Dios”.

¿Una enseñanza para las mujeres de nuestro tiempo?

Recorrer el camino para encontrar la plenitud de la propia identidad y, al mismo tiempo, apagar los propios deseos, o sea alcanzar la propia realización personal. Las visiones son la unión de estos dos aspectos, la bisagra entre lo divino y lo humano. Venían de Dios, pero en ellas Hildegarda ve también eso que ella misma desea para poder realizarse plenamente. Así sucede cuando decide fundar el monasterio de Rupertsberg, próximo a Bingen, y después el de Eibingen, uno sobre la orilla derecha del Rin y el otro sobre la izquierda.

Navegando el río llegaban desde el sur de Europa peregrinos, comerciantes, hombres de letras y de la cultura. Para ella esto no representaba solamente la fuente del sustentamiento material para la comunidad religiosa, sino la posibilidad de entrar en contacto con la cultura y la ciencia, sin las cuales no podía vivir.

La modernidad de Hildegarda está demostrada justamente por su curiosidad intelectual y por su relación con el poder, por entonces una prerrogativa exclusivamente masculina.

Hay tres aspectos que me han parecido interesantísimos en la vida de esta santa. Su aproximación holística a la medicina: su preparación era profundísima, pero ante todo prescribía la curación del alma, y sólo en un segundo momento el cuerpo. Su sensibilidad ecológica y el respeto por la naturaleza cuyos elementos, que estudia desde pequeña y con gran pasión, son principios que hay que proteger y defender, y no agredir. Finalmente, el poder: Hildegarda lo respeta, lo enfrenta, lo pone en guardia contra el mal.

Jutta von Sponheim, que en el convento recibe el cometido de educar a Hildegarda en la virtud y en la obediencia, enseña a la futura abadesa que la envidia es el peor pecado, y aquél en que nos volvemos más vulnerables.

Para ella la envidia está estrechamente ligada a la avaricia, y junta son uno de los peores males. Cuando Hildegarda se encuentra con Barbarroja, le profetiza la corona imperial, pero también lo pone en guardia contra la avaricia generada por el poder, que ofusca la justicia. Hildegarda podría hablar con las mismas palabras también a los potentados de hoy.

En la película las visiones de Hildegarda son solamente sugeridas por la luz deslumbrante y ennegrecedora, y por la intensidad de la mirada de Barbara Sukowa, la protagonista.

Es una elección de estilo. No era posible traducir en un lenguaje visivo aceptable las visiones de Hildegarda. Mejor dejar al espectador la libertad de intuir las a través de las palabras con las que Hildegarda las describe: su fuerza evocativa es igualmente fuerte.

Hoy las visiones de una santa mística del siglo XII podrían ser interpretadas como una debilidad psicológica o un mal físico.

Yo no puedo imaginar cómo y por qué Dios permite que una persona vea más allá de la realidad contingente, más allá del tiempo y del espacio. He buscado, sin embargo, hacer comprensibles y aceptables las visiones incluso para el público de hoy día. Sé que Dios lo ha creado todo: la naturaleza y el hombre. Si en nuestro interior las imágenes toman cuerpo y son para nuestro bien y el del prójimo, entonces no pueden venir sino de Él.

Usted describe a Hildegarda como una revolucionaria del Medioevo.

Es una mujer que no dice: “Yo quiero”, sino que dice: “Dios quiere a través de mí”. Ésta es la verdadera revolución.



EL FRÍO DE LA CELDA Y EL CALOR DEL ALMA

LUCA PELLEGRINI

Los muros del convento son austeros. El alma de Hildegarda, abrasada. El frío de la arquitectura, el calor del corazón. No son opuestos inconciliables en la Alemania del siglo XII. La película que Margarethe von Trotta realiza después de años de gestación, de expectación y de profunda admiración por la santa mística alemana es una exitosa alquimia entre esta oscuridad y la luz, entre el pecado y la gracia, entre el sol que ilumina los huertos y los jardines del convento y la rigidez de la vida que allí se repite, medida por las horas de la fe.

Basándose rigurosamente en las fuentes históricas y en la ayuda provista por las obras mismas de Hildegarda –libros proféticos, sobre las ciencias médicas, sobre las plantas y la medicina, sobre la música, en un saber por entonces completamente enciclopédico– la directora alemana abre las puertas de ambientes cerrados e inviolables, narrando episodios salientes de la vida de Hildegarda, comprendidos entre su ingreso en el convento y el inicio de la predicación pública, marcados por enfermedades y por momentos de gran fuerza física.

El enfoque –muy apreciado por los ambientes católicos y protestantes alemanes– es riguroso, casi didáctico, sin desbordes ni concesiones a algún tipo de espectacularidad, de interpretación irreverente, aun cuando se trata una debilidad en el voto de castidad de una hermana, o cuando el choque con la comunidad masculina se torna violento, o surge la disputa con una vieja abadesa de visita que, citando a San Pablo y el papel de la mujer en la sociedad, asiste espantada a la preparación, entre los muros del convento y con las hermanas vestidas de blanco y los cabellos sueltos, de *Ordo virtutum*, una obra dramática musicalizada por la misma Hildegarda para celebrar la virtud y la belleza, que proceden únicamente de Dios.

Los diálogos, pocos y esenciales, alternan con las horas de silencio o son rotos por las visiones, que aparecen como un inflamarse del sol y la dilatación de las pupilas de la extraordinaria Barbara Sukowa, una actriz que al perfil nórdico y duro contrapone una mirada dulce y materna. Tan dulce que no rehúye el llanto cuando la joven hermana Richardis, por la que se sentía madre y también hija, le es arrancada por cuestiones políticas y familiares. Tan duro para oponerse a cualquier forma de poder que pueda obstaculizar su libertad para vivir la vocación como Dios mismo le sugiere y ordena, se trate de curar a un enfermo o de practicar un exorcismo, fundar un convento con las hermanas sacadas de sus celdas y puestas a transportar piedras, o partir a caballo para una misión por entonces inconcebible para una mujer de sesenta años, esto es, predicar en las catedrales de Colonia, Treveris y Metz.

La fotografía crepuscular, la esencialidad de las escenas y la columna sonora ofrecida por la música compuesta por la propia Hildegarda, amplifican una visión de un cine sin tiempo y hoy desconocido para la mayoría de la gente.